

Iluminando los sentimientos y rescatando desde la memoria sus personajes, el escritor argentino **NORBERTO GARCÍA YUDÉ** consigue en la brevedad de estos relatos una serie de aciertos que demuestran su destreza narrativa y sensibilidad artística.

Con el empleo de un discurso natural, verosímil y envolvente los lectores son cordialmente empujados a marchar dentro de las tramas creadas en una mágica dualidad de partícipes y espectadores de los sucesos, que poseen tiempo, dimensiones físicas y profundidad humana. El autor tiene en su haber una intensa experiencia teatral y sus poemas ya conocen el éxito editorial. Como narrador ha publicado "Pez expreso", 1991 y "partículas -dijo." de 1994, ambos libros de cuentos.

Correspondencia con el autor:

Casilla de Correo 225

Suc. 12 (B)

1412-Buenos Aires

Tel/Fax: 821-4671 (24 hs.)

Escritores recién publicados:

MARTA de ARÉVALO

TERESINKA PEREIRA

MARY R. CALVINO CITRO

ROLANDO REVAGLIATTI

JOSÉ-ÁNGEL GREGORIO

ESTEFANÍA SZUBSTARSKI

MARINA VILLANUEVA

Director-propietario de la colección:

CARLOS PENSA

Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"

1193 - Buenos Aires - Argentina

Tel. y Fax: 863-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

todo es Cuento® y

norberto

García Yudé

coleccionable

Noviembre de 1997

La librería del
FRANCOTIRADOR
Santa Fe 2653 - Cap
Tel: 361-5362
Telefax 821-4671

n. G. Y.

Como dos esbeltos cisnes negros, recorrían la casa por las bocas abiertas de los increíbles corredores.

Los pasillos, los dormitorios, el comedor, la biblioteca, caían vertiginosamente bajo sus trapos de piso, sus cepillos, las escobas y los escobillones.

Desde la vereda, hasta el jardín, nada se salvaba, ni la azotea.

Se deslizaban sigilosas, atentas, silenciosas. Cadencia, rito, ceremonia.

Dos jirafitas enlutadas, hurgando hojitas tiernas en las copas de los árboles.

Estos tapices, estas alfombras, los jarrones, todo el mobiliario de esta vieja casa, de este prehistórico caserón, son testigos que mi infancia transcurrió sin esfuerzos, sin problemas, sin memoria y sin tiempo, entre estas paredes y las miradas solícitas de ellas. En mi mesa de estudio, sobre mi almohada, en mis noches de desasosiego adolescente y mis primaveras solitarias.

Ellas siempre. Dos silencios. Dos sílabas. Dos acentos.

Dos sombras prodigiosas alumbrando mi noche.

Pertinaces, estrictas, consecuentes. Como a un hijo. Solteronas.

Definitivamente Tías. Desde mis primeros pasos están ahí, aquí.

— ¡Cinco mil, cinco mil!!!...

El jardín. Los rosales. Los canteros recortados, prolijos, floreciendo incansables entre sus manos de peonías blancas, de azucenas rojas, de claveles dorados.

Me siento raro.

Desde el primer chupetín, hasta el último café apoyado sobre mi mesa de trabajo, depositado allí por manos misteriosas, que me incitaban ondulantes, que me empujaban, alentándome a seguir, a no aflojar, a recibirme. Siempre.

— ¡Siete, siete, siete, siete mil!!!...

Mi triunfo; el éxtasis de ambas.

Mis desatinos; la pesadumbre más recóndita, más callada, su tristeza mayor, aunque siguieran simulando que todo estaba en orden, que todo andaba bien, que no era cierto que dejaron una lágrima en algún rincón. Pobres, mejor dicho, pobre yo.

Mis alegrías, cualesquiera que fueran, eran sus alegrías, condescendiendo con una mirada azul y tierna de alguna de ellas, aprobando, reconfortando, y la palabra justa, oportuna, necesaria.

— ¡Once mil, once mil quinientos!!!...

Seguramente vírgenes. Yo el único titular de afectos varoniles, el único hombre que preocupó sus espíritus, su porvenir y sus esfuerzos, la única persona que les dio la satisfacción de realizarse. A través mío fue la revancha de tantas horas de fregar en la cocina pilas de platos, relucientes ollas, baldosas desgastadas y ropa lavada y planchada y vuelta a lavar y vuelta a planchar, de bajar los ruedos de mis pantalones cada año de mis estirones y los cuellos y puños de mis camisas, con un ojo en la aguja y otro ojo en el horno vigilando el postre o la tarta preferidas del nene.

Siempre listas, esperándome, al regreso del colegio, del secundario, de la facultad.

Bocado de nene con caprichitos. Baberitos celestes. Dientecitos de ajó. Azúcar. Agua de azahar. Jazmín. Talco.

Sí, yo el único.

Todavía me hundo en la blanda pluma de mis sábanas, en la esponja rayada de mis pijamas, en los bosques de pinos olorosos de los viejos pisos encendados y me fastidio con mi tieso, blanco, impecable guardapolvo almidonado.

Las horquillas, los rodetes. Tías nada más y sin embargo, tanto.

Entre una y otra sólo un mes, fue suficiente.

— ¡Quince, quince, quince, quince mil... allí el Señor dice quince mil ochocientos!!!...

Treinta días. Treinta días... y un título opaco.

Todavía las estoy viendo, como dos esbeltos cisnes negros supervisando todo; el sol, el viento, el agua, esa franela olvidada en el respaldo de esa silla, este terrible hueco que han dejado...

— ¡Diecisiete, diecisiete, diecisiete, diecisiete mil. ¿Quién da más señores, por esta mesita de estilo Luis XV auténtico, en perfecto estado?

En el barrio todos queríamos y respetábamos al Señor Blenin, por eso nos dolió y nos sorprendió la noticia de su muerte, pero la otra noticia nos sorprendió más.

Yo recuerdo desde mi infancia su cana y paternal cabeza, su rostro ajado, pero de sonrisa fresca y juvenil, de estatura baja y de gesto ágil desmintiendo sus años tan bien llevados. De modales correctos y muy educado como buen descendiente de suizos.

Su esposa, una mujer menuda y frágil, permanecía sentada en una mecedora en la trastienda del negocio, aparentaba ser mucho más joven que él, pese a su infaltable pañoleta y sus anteojos, su voz aflautada se manifestaba con monosílabos, ya que era persona de muy poco hablar. Daba sensación de gorrioncillo, sobre todo por la velocidad con que movía las agujas sobre los interminables metros de bufandas. No recuerdo haber tenido con ella una sola conversación completa en toda mi vida, en cambio el Señor Blenin era muy amable; parlanchín y comunicativo, siempre tenía en torno suyo un séquito de chicos revoloteando. Le encantaban los niños, pero nunca tuvo la suerte y la alegría de tener hijos.

Recuerdo, yo salía del colegio y antes de sentarme a hacer los deberes, masticando un pedazo de pan con manteca, disparaba como una flecha hacia su negocio para llegar a tiempo, sí, porque el Señor Blenin me otorgaba el privilegio (porque a mí era al único que se lo permitía) de presenciar el solemne rito de ver darle cuerda a los relojes.

Tenía ni más ni menos que trescientos veinticinco modelos diferentes en su preciada colección, este acto era para mí un espectáculo fascinante.

Los relojes eran su hobby y su debilidad, cu-cus, despertadores musicales, de pared, pulsera, de bolsillo, etc. y a mí me producían una especie de encantamiento. Al Sr. Blenin le llevaba exactamente tres cuartos de hora darle cuerda a todos.

En ocasiones yo llegaba antes de la hora convenida y encontraba al Señor Blenin componiendo todavía algún reloj, ya que este era su oficio, porque todavía no lo dije, pero en el estrecho local se daban cita los vecinos para hacer reparar sus aparatos de medir el tiempo.

Muchos clientes acudían de barrios cercanos atraídos por su fama de excelente relojero y su popularidad de intachable comerciante. Daba placer oírlo, su gracia y su elocuencia naturales, su vasta cultura general que abarcaba cualquier tema, especialmente le apasionaban aquellas enrolladas discusiones sobre ciencia.

A la gente le encantaba la personalidad del Señor Blenin, pero les llamaba la atención el carácter disímil de su esposa, tan retraída y huraña.

Yo nunca puse demasiada atención en ella, tan invariable y rígida, con su pelo negro recogido en un rodete, sin una cana, la pañoleta verde, impecable sobre los hombros y sus réplicas de gorrion piando en la infatigable mecedora.

Primero todo el mundo creyó en un asesinato por robo, pero después la suposición quedó descartada porque todo estaba en perfecto orden y no faltaba un solo objeto, ni joyas, ni dinero. El médico forense informó que el deceso se produjo el sábado en la noche, aunque el cuerpo lo encontraron el lunes por la mañana, parece que le falló el corazón. El descubrimiento lo hizo un cliente y amigo personal del Señor Blenin que todos los días pasaba a visitarlo, se cansó de tocar timbre y asombrado de ver el negocio cerrado todavía, tanteó la puerta y como estaba sin llave, entró. Fue terrible.

Él, caído sobre el piso de la cocina, el gas y la luz encendidos, y ella, sobre la mecedora, la cabeza torcida como un garabato sobre la falda y enredada entre la lana, las agujas y los ovillos y sin cuerda, sí señor, sin cuerda.